

## Nuestra miseria ambulante

El periodista Jorge Bustos escarba en la pobreza que campa a sus anchas por las calles de Madrid y otras ciudades

J. ERNESTO AYALA-DIP

Hace unos años, un futbolista argentino (que había jugado con mucho éxito en la liga inglesa) viajó al norte de su país para jugar un partido amistoso. Parece que lo que vio no le gustó. En una entrevista para la televisión dijo que no había visto nunca tanta miseria y enseguida los medios se lanzaron contra el jugador. Cuando le preguntaron por qué

había hecho esas declaraciones tan desafortunadas, contestó que «si uno mira mucho, las verdades saltan como sapos, y yo soy de mirar mucho». Cito esta anécdota porque estos días se dieron dos circunstancias coincidentes (a mí me persiguen las coincidencias): una conclusión a la que he llegado, precisamente por mirar mucho, es que en Barcelona ha crecido exponencialmente la indigencia callejera. Indigentes de todos los colores e idiomas. Y cada día observo que hay más. Muchos de ellos hablan solos por la calle. Entre tanta miseria, la consecuencia no puede ser otra que una creciente inestabilidad mental. Estaba en ello cuando me

llega 'Casi', un libro del periodista madrileño Jorge Bustos.

'Casi' son las siglas de una institución madrileña, el Centro de Acogida San Isidro. No hace mucho, después de mucho apechugar, Bustos logró comprarse un piso muy cerca del río Manzanares. O sea, que se ganó a pulso esa parte de la dignidad a que todo español tiene derecho, según reza el artículo 47 de nuestra Constitución. Al instalarse en su nuevo barrio, vio que pululaban muchos indigentes por la calle, dormían en las aceras, algunos muy bebidos, otros muy drogados, todos formando una especie de sociedad paralela sin que los transeúntes se dignaran

a reparar en ellos. Gente de poco mirar, que diría el futbolista argentino. Nos dice que estuvo a punto de ser presa de la aporofobia, odio a los pobres, según acuñó la pensadora Adela Cortina. (Aclaro, los indigentes extremos suelen reventar las bolsas

de basura orgánica que los vecinos dejan en los portales en busca de algunas sobras, dejando las aceras hechas un asco, de aquí la aporofobia inclemente de muchos).

Jorge Bustos se compromete. Entra a formar parte de las brigadas de ayuda del Casi, para tratar de paliar la progresiva miseria que acampa a sus anchas por las calles de Madrid. Habla, escarba en las vidas de sus indigentes, trata de encontrar una explicación para tanta miseria, en muchos casos repentina, después de gozar de un buen pasar económico y familiar. Yo veo en Barcelona a indigentes jóvenes leyendo, como si así quisieran recordar aquellos felices días con su familia, arrellanados en el sofá, con un libro entre las manos. Casi es una lectura obligada.



**CASI. UNA CRÓNICA DEL DESAMPARO**  
JORGE BUSTOS

Ed.: Libros del Asteroide.  
192 páginas, 19,95 euros.

## Jesús Carrasco o la aceptación de la caducidad

**Novela singular.** El Premio Biblioteca Breve es un canto al trabajo manual y a la pérdida de los bienes materiales

ÍÑAKI EZKERRA



**S**oslayando el tópico de las mansiones malditas, que en sí mismo constituye un subgénero de la literatura gótica, el tema de la casa con vida propia o poseedora de un poder magnético sobre los seres humanos tiene una larga tradición novelesca. Si en 'Retorno a Brideshead' de Evelyn Waugh el palacio de los Flyte ejerce un extraño poder de atracción sobre Charles Ryder, el narrador y protagonista del libro, en 'Regreso a Howards End', la célebre novela de E. M. Foster, una casa de campo se convierte en la verdadera protagonista de la historia, como si el edificio tuviera una secreta voluntad propia para reorganizar el destino de sus huéspedes y lograr acabar en manos de Margaret Schlegel, la mujer a la que dicha casa ha elegido para que, tras varias vueltas de lo que parece el puro y caprichoso azar, acabe siendo su propietaria. Es con esa tradición, que en España tiene sus dispares antecedentes en la obra teatral 'Historia de una escalera' de Antonio Buero Vallejo o en la nouvelle 'La mitad de la casa' de Menchu Gutiérrez, con la que cabe relacionar 'Elogio de las manos', la obra con la que el escritor extremeño Jesús Carrasco ha obtenido el Premio Biblioteca Breve 2024.

Aunque la casa que adquiere categoría de personaje central en



**ELOGIO DE LAS MANOS**  
JESÚS CARRASCO

Ed.: Seix Barral. 320 páginas.  
19,85 euros (ebook, 9,49).

esta nueva entrega novelística de Carrasco se encuentra en un aislado paraje costero de nuestro sur peninsular, el autor abandona por una vez la clásica dureza amenazante del western hispánico o del género distópico, que cultivó en obras como 'Intemperie' o 'La tierra que pisamos', para proponernos un espacio narrativo donde es posible la felicidad. El narrador, que habla en tiempo de pasado, relata cómo pisó por primera vez esa casa acompañado de su familia en la primavera de 2011 de una manera aparentemente casual que queda perfectamente explicada en el primer tramo del libro. El responsable de esa visita fue un tal Juanlu, hermano de su mujer y amigo de los propietarios, dos hermanos dedicados al negocio inmobiliario que compraron la finca como inversión para edificar en ella un complejo de

apartamentos turísticos que se quedó en mero proyecto debido a los efectos de la crisis económica de 2008.

Es esa peculiar situación de paréntesis la que abre, para esa familia, la posibilidad de entrar a habitar el caserón vacacional a sabiendas de que será derribado en una fecha que en principio iba a ser próxima, pero que se aplaza por un largo período de diez años, que es el tiempo que recoge la novela y en el que el personaje que narra se entrega a hacer una serie de mejoras que lo sitúan en una original situación existencial no exenta de cierta extravagancia. Sabe que todos los arreglos que haga en ese domicilio, todo el pequeño paraíso que logre crear en ese espacio pródigo en desperfectos, quedará reducido a escombros antes o después. Pero aun así se vuelca en esa tarea que busca su justificación en el propio canto que la novela encierra al placer del trabajo manual al que alude su título y que aparece ilustrado con una contenida serie de invocaciones culturalistas.

El tercer capítulo brinda al libro un carácter metaliterario y a la vez autobiográfico. El narrador se insinúa como un fiel alter ego del autor al confesar que la trama argumental se basa en una experiencia real y al contar cómo preguntó a su mujer y a sus dos



Carrasco compone un espacio en el que es posible la felicidad. EFE

hijas con qué nombres ficticios querían comparecer en estas páginas. También confiesa un propósito —el del elogio a la labor artesanal— que hace lindar al texto con el ensayo pues en dicha confesión enuncia algo parecido a una tesis filosófica.

'Elogio de las manos' es una novela singular porque a esa coartada de la necesidad de un contacto manual con la materia se añade la aceptación de la caducidad de todo ese esfuerzo y de la precariedad de la existencia. Es como si toda la familia que protagoniza el libro, y la estrafalaria empresa que se nos describe como una vivencia real, se embarcara en el poema dedicado a 'Las rui-

nas' de Cernuda: «Yo no te envidio, Dios; déjame a solas/ con mis obras humanas que no duran». Y a esa anticipada resignación a la pérdida se suma la resistencia misma que la casa ofrece a ser reparada: esas puertas que no cierran ni cerrarían nunca, esas malas hierbas, esos ratones...

La de 'Elogio de las manos' no es una 'casa maldita', pero sí un recinto físico que tiene su insobornable personalidad y que no da facilidades a sus voluntariosos inquilinos. Al contrario que esta excelente novela, que da todo tipo de facilidades al lector para que viva la aventura de sus personajes entregado desde la primera a la última página.